

Sobre estos temas de la rebelión pizarrista dan numerosos testimonios en las treinta cartas inéditas que el Profesor me envió a Sevilla, solicitando consulta de documentos de esa rebelión.

No podemos detenernos en los otros artículos de esta edición hecha por San Marcos. Ha sido un acierto la publicación después de unos treinta años en que el Profesor Bataillon entregó sus separatas para publicarlas en Lima. Fue, como me dijo, un generoso homenaje a esta Universidad, sin ninguna exigencia económica. Esta edición es muy oportuna porque esos artículos son casi desconocidos en el Perú. Incluso aún no se les ha sacado el provecho y la lección que encierran. No faltan quienes alaban a Bataillon pero no han leído ni profundizado en su pensamiento. El mejor homenaje a Marcel Bataillon es proseguir sus enseñanzas. Y así hemos conmemorado el centenario de Marcel Bataillon.

Miguel Maticorena Estrada

Scarlett O'Phelan Godoy: LA GRAN REBELION EN LOS ANDES, DE TUPAC AMARU A TUPAC CATARI, Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1995, 237 pp.

Son numerosos los trabajos que en los últimos años se han venido publicando en torno a los movimientos suscitados en el virreinato peruano, en el siglo XVIII, en contra del gobierno colonial. En ese conjunto destaca, por su amplitud y su rigor, el libro de Scarlett O'Phelan, aparecido en su versión castellana en 1988, que estudia las "coyunturas rebeldes" de esa centuria, situando en ese marco la rebelión de Túpac Amaru¹.

En esta oportunidad comentamos otro libro que nos acaba de ofrecer la misma autora, teniendo como "hilo conductor" dicha "gran rebelión", y brindando un muy interesante análisis en torno a diversas facetas –ideológicas, sociales, económicas y étnicas– del movimiento dirigido por el cacique de Tinta, y de los sucesos paralelos que en el Alto Perú tuvieron como cabeza visible a Túpac Catari. Así, los seis ensayos reunidos en la obra nos permiten contemplar desde ángulos distintos las rebeliones surgidas en el sur andino en las postrimerías de la época colonial, y nos ofrecen interesantes conclusiones que –en no pocos casos– contradicen ideas muy divulgadas en torno a dichos movimientos.

1. *Un siglo de rebeliones anticoloniales, Perú y Bolivia, 1700-1783.* Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de las Casas, 1988, 351 pp.

Así, por ejemplo, la autora destaca las notables diferencias que separan el movimiento de Juan Santos Atahualpa –desarrollado en la selva central a partir de 1742– de las “rebeliones estrictamente anticoloniales del siglo XVIII”. Considera la insurrección de Juan Santos como una forma de respuesta a la labor de cristianización que por entonces se llevaba a cabo en la selva central: en otras palabras, ese movimiento reflejaba la oposición a una eventual incorporación de la zona al sistema colonial, mientras que la “gran rebelión” del sur andino manifestaba un rechazo frente a la plena vigencia de los mecanismos coloniales.

En cuanto a la idea de la “utopía andina” como elemento integrante de las rebeliones dieciochescas –sosteniendo la unidad de la población indígena en torno a la “restitución imperial” incaica–, la autora sugiere la posibilidad de que dicha “utopía” haya sido el fruto de una elaboración criolla, transmitida a las masas andinas por medio de los caciques. Señala que la propia composición étnica de los principales dirigentes de la “gran rebelión” –mestizos en su gran mayoría– es una muestra de que con la idea de la “restitución” no se buscaba un gobierno conformado sólo por indígenas. En definitiva, hubiera resultado anacrónico postular un simple regreso al incario, no sólo porque no se podía imaginar a mestizos y a criollos, sino también teniendo en cuenta –por ejemplo, y entre otros factores– el hecho de que la religión cristiana estuvo incorporada en el esquema de gobierno planteado por los rebeldes. Incluso, se resalta la “occidentalización” de Túpac Amaru en la ocasión del ajusticiamiento del corregidor Arriaga, cuando el caudillo rebelde se interesó en que se le ayudara a “bien morir” de acuerdo con las prácticas cristianas. En cualquier caso, la autora pone de relieve cómo los rebeldes se preocuparon por buscar coincidencias entre lo pagano y lo cristiano, manteniéndose “las celebraciones provenientes de ambas vertientes”, como una muestra de la existencia de un “cristianismo andino”.

Por otro lado, en cuanto al ámbito social, se deja claramente establecido cómo durante el siglo XVIII la nobleza indígena se consideró especialmente agraviada por ciertas disposiciones gubernativas que significaron una reducción en los privilegios de los que antes gozaron. Sin embargo, ciertos linajes andinos consiguieron introducir a hijos suyos en la carrera sacerdotal, de modo que, paralelamente al decaimiento del “sistema cacical”, los indios nobles pudieron continuar en contacto con las comunidades indígenas, por intermedio de los curas doctrineros.

Es interesante el análisis que se realiza con respecto a la relación de los españoles peninsulares con la “gran rebelión”. La autora afirma que, en principio, no puede sostenerse que Túpac Amaru fuera enemigo de ellos por su origen, dado que él mismo tuvo dos estrechos colaboradores peninsulares. En todo caso, fue después de la excomunión del líder rebelde cuando sus

hombres manifestaron una abierta animadversión a los “españoles”, entendiendo por tales tanto a los nacidos en España como a los criollos.

En lo referido a lo económico y comercial, aparece de modo evidente la relación de la “gran rebelión” con el establecimiento –en el marco de las reformas borbónicas– del sistema de aduanas, en la década de 1770, con el fin de ampliar la base tributaria, de lograr mayor eficacia en los cobros fiscales, y de luchar contra la evasión en dichos pagos, buscando a la vez frenar el contrabando interregional. En efecto, uno de los objetivos primordiales del movimiento fue el de lograr la abolición de las aduanas, de los repartos y de la figura del corregidor, al igual que la disminución del monto de las alcabalas. Sin embargo, en el libro se resalta cómo los tributos y el sistema de mitas fueron utilizados para organizar la rebelión, y no constituyeron aspectos importantes en el marco de las reivindicaciones planteadas por la misma. Es más: Túpac Amaru se opuso a la abolición del tributo indígena. Para él, los “paisanos” no eran los indígenas, sino los mestizos y –en los primeros tiempos de su rebelión– también los criollos.

Una de las ideas que más claramente se desprenden de la lectura de la obra que comentamos, es la de que el movimiento dirigido por Túpac Amaru no tuvo un carácter revolucionario, sino reformista. Para hacer esta afirmación, la autora se apoya, por ejemplo, en la aludida posición del cacique rebelde con respecto al tributo indígena y a la mita. Un movimiento verdaderamente revolucionario debió haber buscado prioritariamente la abolición de tales sistemas. En este sentido, y tal como afirma Scarlett O’Phelan, “las reformas borbónicas fueron resistidas en toda Hispanoamérica no sólo por las masas sino, particularmente, por las élites”, las cuales se vieron más perjudicadas, por ejemplo, por el incremento del monto de las alcabalas.

En definitiva, este libro plantea sugerentes hipótesis y –sobre todo– brinda una novedosa visión de la “gran rebelión” en el sur andino, alejada de tópicos que han sido muy repetidos, pero que han carecido de una adecuada demostración. En cualquier caso –y esto debe enfatizarse– la obra que comentamos reafirma cómo el movimiento dirigido por Túpac Amaru “marcó un hito irreversible en la historia de las colonias españolas”.

José de la Puente Brunke